

Los amantes de la  
viuda Cuevas

Ani Palacios



# Los amantes de la viuda Cuevas

## Ani Palacios

Los amantes de la viuda Cuevas  
Todos los Derechos de Edición Reservados  
© 2019, Ani Palacios  
Pukiyari Editores

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro. Este libro no puede ser reproducido, transmitido, copiado o almacenado, total o parcialmente, utilizando cualquier medio o forma, incluyendo gráfico, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito del autor, excepto en el caso de pequeñas citas utilizadas en artículos y comentarios escritos acerca del libro.

ISBN-10: 1-63065-120-6  
ISBN-13: 978-1-63065-120-6

PUKIYARI EDITORES  
[www.pukiyari.com](http://www.pukiyari.com)

*Para Yuri*

Las campanas del mediodía resuenan a lo lejos, el *Angelus*. El ángel del señor se le apareció a María. La anunciación. El inicio de todo. Jesús viene para salvarnos. Demasiado tarde. Si la salvación pasó por aquí, de hecho no me vio... o me vio y se hizo la idiota. Demasiado tarde en mi temprana vida. Escucho las campanadas. A mí ese sonido me sabe a mierda. A un adiós inmerecido. Lágrimas sin sentido alguno de la uniformidad bajan veloces confundándose en charcos, en ríos de sal y *para siempre* que no lo son, en lagunales que engendran deseos torcidos, que todos desaparezcan, que dejen de mirarme como si mi futuro estuviera por ser enterrado en ese féretro, en pozas cristalinas de aguas termales que escuecen mi piel, que sulfuran el aire que respiro, que llenan de acetona y metal el ambiente. El olor a muerte de los pacientes terminales regresa con la ventisca, me envuelve hasta sofocarme, el aroma de la basura saliendo de las fosas nasales, la garganta, los oídos, la podredumbre que los posee antes de su muerte, la descomposición del cuerpo vivo.

De pie, vistiendo de negro, acompañada de los mellizos que él y yo hicimos felices de la vida, antes de que los *mañanas nos ocupamos* dejaran de ser verdad porque mañana es hoy, y hoy mi marido está muerto, siento que soy la única persona que ha vivido algo así, la única viuda del mundo. Es estúpido pensarlo, menos sugerirlo. Es su entierro y yo estoy preocupada por el futuro que él no me dará, en los planes que quedarán colgados en el clóset, junto con las enormes pantuflas que nadie podrá usar, en los *te quiero, te amo, abrázame* que no volveré a decir; en los *te*

*deseo, estás linda, pienso en ti todo el tiempo que él no me volverá a susurrar.*

¿Qué es lo que se supone que debo hacer ahora? ¿Vestir de negro? ¿Convertirme en una abuelita encogida? ¿Castrar todos mis deseos en la plenitud de la existencia? Casada recién salida del colegio, viuda a los treinta y pocos. Con hijos que recién empiezan la ruta en la que aprenden a volar solos. Viuda del amor de mi vida. Del único hombre de mi vida. ¿Qué se supone que debo hacer con mis sentimientos y mis deseos? ¿Enterrarlos junto con ese cuerpo que no quise ver en el velorio? Ya bastantes despedidas nos dimos en el hospital, en la muerte lenta que es una enfermedad larga y erosiva. ¿Con quién se supone que compartiré mis *en las buenas y en las malas*? ¿Quién me hará reír? ¿A quién me entregaré cuando el frío de este castigo eterno me sobrecoja?

Un pelicano sobrevuela demasiado bajo, casi rozando la tierra húmeda por la garúa que en esta ciudad no se detiene nunca. Me despierto de mi soliloquio. Miro hacia el pajarraco. Pescado, olor de pescado, harina de pescado, sexo bravo, clímax ardiente, uñas sobre carne hirviente, besos sobre piel erizada, miradas radiantes de amor. El pelicano se acerca, viene buscando comida, como si la fetidez de la muerte le fuese un afrodisiaco. Al vernos mirándolo se hace el desentendido, pero al rato despega.

Lo que estoy viviendo es nada para el resto del mundo. Se ha muerto mi alma pero todo sigue igual. El pelicano busca qué comer, la llovizna no amaina, el gris de Lima no cambia. Escucho la voz del sacerdote diciendo las palabras que sabe de memoria. *Dios lo llamo, Dios lo quiso*. A él lo quiso pero a mí no me quiere, a mí me odia. *Requiescant in pace*. Se llevó mi luz, mi vida, mi energía, mis ganas de vivir. *In saecula saeculorum*.

Van bajando el ataúd y no lo puedo soportar. Tengo que mantenerme en calma en frente de la familia, por mis hijos, por sus padres. Busco recuerdos amables, cosas bonitas antes de la enfermedad que lo hizo polvo en cuestión de meses, revuelvo en mi mente, abro cajones, puertas, ventanas, escudriño en cada rincón; dentro de mi cerebro una versión de mí, la verdadera, pierde la razón tratando frenéticamente de levantar el peso de las memorias actuales para encontrar alguna huella que le lleve a un recinto distante etiquetado con la palabra "felicidad".

*Absólve, quæsumus, Dómine...* Deseo que esa voz gangosa anunciando el final se apague, pero el sacerdote sigue. *Mi amor, no te vayas*, le ruego en la cama estrecha del hospital, colocó mi mano ansiosa dentro de la suya, huesuda. *Ánimam fámulí tui*. Él hace un esfuerzo por acariciar mi cabello, pero apenas si puede levantar su mano hasta una nada en el aire cuando se da cuenta de que no lo logrará. Me sonrío, tímido, casi abochornado por lo que está sucediendo, como si esta enfermedad fuese su culpa. Lo beso en los labios secos de vida. Asiento mi cabeza sobre su corazón. *Ut, in resurrecciónis glória*.

Las piernas me tiemblan, un sudor frío brota de entre mis pechos, como si me hubiese corrido una maratón por todo el malecón de Miraflores. Siento los latidos de mi corazón. La despedida es dura. *Et lux perpétua lúceat ei*. Veo toda nuestra vida juntos pasar ante mis ojos. Una pantalla gigante refleja con nitidez nuestros momentos, me ciega con su luz, el dolor se expande bajo mi cráneo, un terremoto de huesos quebrándose parece avanzar hasta mis pupi-

las, convulsiono en mi interior, no encuentro una baranda de donde sostenerme. *Eorúmque peccáta dimítte*. Quiero irme con él, caer en ese hueco profundo de la desesperanza, de lo que no tiene remedio, y seguirlo al más allá. *Chrístum dóminum nostrum*.

Cuando me doy cuenta, todo ha terminado, por fin, y ya vamos camino a casa. Pienso en todas las veces que tendré que retornar a verlo, a ver su lápida más bien, porque a él sólo lo podré ver en mis sueños, y decido en ese instante que nunca regresaré al cementerio.

Quiero acordarme de nuestra última noche juntos y sólo puedo pensar en esa palabra: última, última, última. No puedo siquiera enfocarme en algo bonito porque la realidad es decapitante. Mi cuerpo está aquí, pero no lo siento, soy como un títere ahora. *Siéntate aquí, comete esto, piensa en los mellizos.* Puedo sentir lo que pasa a mi alrededor, pero mi alma se ha quedado en el cementerio. Estoy drenada de emociones y al mismo tiempo espero que él aparezca en cualquier momento en nuestra casa. Quiero verlo, besarlo, que me diga que todo se trata de una de sus bromas pesadas. Quiero que me diga que me calme, que no pensó que me moriría de la pena. Quiero verlo reírse con esa risa contagiosa que me eleva y me lleva fuera y más allá de todo mal terreno. Quiero que me levante en vilo y me coloque en el pedestal que construyó para mí.

Pero anteanoche fue la última vez. Ya no hay más. La última vez que nos miramos a los ojos, enamorados como el primer día que nos conocimos. La última vez que escuché su voz profunda acariciando cada fibra de mi ser. La última vez que nos pudimos tocar bajo las sábanas. La última vez que sentí su calor enfriándose cerca de mí. La última vez que cantamos juntos mientras su mirada se perdía en un sueño de morfina. La última vez que nos despedimos. La última vez que lo vi irse a dormir para no despertar nunca.

Se acabó su cuerpo, su vida, pero yo no puedo dejar de sentirlo, de desearlo, de pensar que pronto la mala noticia dejará de serlo. No puedo concebir mi vida sin él, y, sin embargo, cuando por un segundo puedo ver lo que me rodea a través de mis lágrimas, esto es lo que encaro.



Las ceremonias funerarias llegan a su infeliz final. Los concurrentes por fin se desbordan fuera de mi casa llevándose consigo todas sus palabras lenitivas, *Está en un mejor lugar*, que cortan como cuchilletas mi piel árida de su piel. Vuelvo mi atención a los pequeños en mi regazo, quiero decirles algo, algo que de alguna manera los conforte, *Tu papi descansa en paz* es lo único que viene a mente. Mentiras que nos decimos, que nos dicen, que les decimos a otros cuando lo que en verdad queremos hacer es putear, carajear, mandarlo todo a la conchesumadre. *Dios lo tiene en su gloria. Dios se lo llevó. Dios lo quiso así.* Es ridículo. No consuela. Dios no tuvo compasión de los que nos quedamos, de los que hoy duermen en una casa vacía de su calor, de un cuerpo familiar al que le falta su alma, de una mujer que de hoy en adelante se acostará en un lecho que huele a muerte.

No estoy segura siquiera de cómo levantarme del sofá en el que he quedado tendida, como un animal herido, con mis críos alrededor. Es noche y la neblina envuelve la casa, traspasa las paredes, serpentea por nuestras habitaciones. Busco fuerzas debajo de los cojines y encuentro un pequeño papel rasgado de un cuaderno de apuntes. Reconozco su letra. Lo despliego. Tengo en mis manos su corazón vivo latiendo con fuerza. *Nunca te olvides de mí.* Mensaje de ultratumba que me levanta el ánimo. *Nunca*, respondo a la espesa neblina y regreso a la tarea de ser mamá.

Uno a uno voy levantando a nuestros hijos del sofá en el que cayeron rendidos para llorar mientras respiraban su olor. Los envuelvo en mis brazos y acompaño a cada uno a

su habitación. *Tienes que ser fuerte.* Sonríó ante la ironía que trae esa declaración. Los que me dan la fuerza son mis niños.

Desde el umbral de mi habitación exploro la oscuridad que me espera. No puedo enfrentarla. No puedo ser fuerte, ni por mí ni por nadie. Es mi turno para desmoronarme. Regreso a la sala. Duermo con la luz encendida. Mañana será otro día, pero despertaré al mismo titular: *Rodrigo ha muerto.* Llévame contigo, mi Rodrigo, quiero descansar en paz, quiero que Dios me acoja en su gloria, quiero estar en un mejor lugar.

La alarma suena como todas las madrugadas y ante mi furia por atreverse a hacerse el que nada ha sucedido el despertador termina en la basura.

Regreso al sofá. Hoy nadie irá a clases, a trabajar, a ver a sus amigos. Cierro los ojos y ruego volver a mi sueño con Rodrigo. Solo en el reino del inconsciente todo puede volver a la normalidad. Es maravilloso dormir, abrir la puerta a la única realidad en la que quiero vivir.

Seis meses han pasado. Todos han regresado a lo suyo, excepto por mí. La falta de Rodrigo es la falta de oxígeno, luz y agua para mí. Lo único que me mantiene cuerda son nuestras citas en el mundo de los sueños y las notas que él me dejó por toda la casa.

.

Al año de su partida encuentro una nota que me deja atónita. No se trata de un mensaje de amor o del recuerdo de algo maravilloso que vivimos juntos, sino más bien de una ¿orden? *“No puedo vivir en tu recuerdo para siempre / Déjame partir / Si me dejas ir, los dos seremos libres / Es hora de empezar de nuevo”*.

Quiero aferrarme todavía más. Siento que si no lo tengo cerca, el mundo será un lugar demasiado triste para mí. Quiero quemar ese papel, olvidar que lo leí. Pienso en esas palabras y en mi alma las condeno como una traición a nuestro pacto de amarnos para siempre.

El teléfono arranca a timbrar apenas sacó el encendedor para carbonizar esa misiva. Es una amiga de la chiquititud. Alguien a quien amé con ese amor de para siempre que uno tiene de pequeña. Alguien que me verá como era antes y no como soy hoy.

Una punzada en el dedo me obliga a darle el consentimiento a esa voz del pasado.